



Bienaventurado Eustaquio: *Sanación y Reconciliación*

5

MI EXPERIENCIA DE DIOS A TRAVÉS DEL PERDÓN

Conrado Monreal Goyeneche ssc^{}*

No te encontré, Señor, en un camino de Damasco, ni te he tocado en el Sinaí, ni en el Tabor. Hemos sido de siempre, tú y yo, agua de mar, donde tú eras el agua y yo la sal. Tú me envolviste desde mi niñez y yo con los años me he dado cuenta que la imagen del agua del mar explica mis sentimientos. Tú para mí, Señor, has sido tan natural como es a la rosa su belleza o a la tierra ser tierra. Nunca tuve que gritar como Camus: "dónde está ese Dios que llene mi corazón". Ni lamentar, como san Agustín, tarde te encontré, Señor, tarde te encontré. Ni te vi ausente cuando mis pies se metían en el barro del pecado, es verdad nunca tan grande que me taparan los ojos para verte. Siempre sentí en esos momentos el calor de tu presencia en forma de perdón. Esto podría ser el resumen de mi vida.

Pero no todo es cara sonrosada y cálida de atardecer. El perdón ha pasado por mi vida con muchos matices. De niño ya tuve la experiencia de alegría que siembra el perdón. Cuántas veces las travesuras de niño eran perdonadas por mis padres, sembrando en mi confianza y admiración por ellos que habían depositado su amor en sonrisa de perdón. Pero los años pasan y el tiempo va sembrando en el camino ponzoña, manifestada en sonrisa de amanecer y uno bebe pero sin apagar la sed. Aquí entra la grandeza del perdón. Siempre he buscado el perdón y siempre he gozado la alegría del perdón. He tenido la gracia de que nunca me he cansado de pedir perdón y en el perdón he conocido cómo es el corazón de Dios. Más que mirando las estrellas, le conocí en el lago remansado del perdón. Le decía, Señor, yo me canso de tropezar pero tú no te cansas de perdonar y eso me llevaba a conocer mejor cómo me quiere Dios. Puedo afirmar que el perdón ha sido lo que más me ha hecho experimentar a Dios y confiar en él, como el niño que se acuna en el pecho de su madre. Si hay unos ojos que quieren conocer el corazón del otro, esos ojos están en el perdón. El perdón es el espejo de la grandeza de un corazón, por eso la gran fuente donde se bebe la grandeza de Dios es en el sentir su perdón. En esa pradera de perdón, debajo de un manzano es donde me senté para beber del cántaro del amor de Dios. Por eso me siento salvado. Cuando predico la parábola del hijo pródigo siempre completo la parábola preguntándome qué pensaría, en su habitación cuando se quedó solo, al marcharse a dormir, el hijo pródigo. Seguro que no pensó en él sino en su padre y se diría: ¡Qué grande es mi padre! Esa es la melodía de mi canción siempre que Dios pone su perdón en la palma de mis manos. ¡Qué grande es mi Padre!

^{*} **Conrado Monreal Goyeneche ssc** pertenece a la provincia Ibérica; actualmente vive en la comunidad de la parroquia de los Sagrados Corazones de Madrid.

Pero me ha tocado ver la grandeza del perdón desde otra vertiente, muy misteriosa pero muy gratificante. En esta ladera he visto el perdón colgado de mis manos. He sentido que Dios ha puesto en mí, espejo de la iglesia, el ser perdonador en su nombre. Yo le digo al prisionero de sus caídas que Dios perdona sus pecados y que mis manos y mi voz son las de él, y que el perdón es seguro y que el amor que Dios le tiene donde mejor se ve es en el arco iris del perdón. ¿Quién puede medir la cantidad de paz que ha llevado el río del perdón, a través de mis manos y mi voz, a tantos inseguros y angustiados por sus miserias? Siempre pienso que me quedo corto en ser lo suficiente misericordioso como lo es el corazón de Dios. Me estremece, pero me hace sonreír ver la primavera que florece al recibir, el pecador, la lluvia cálida del perdón. Si he descubierto que Dios me quiere, ha sido en la nube blanca del perdón, del perdón recibido y del perdón repartido y desde esa nube blanca no me cuesta nada el decirle, te amo, Señor. En este camino pienso seguir, apoyado en el perdón de Dios y gritando con mis ojos y mi voz la misericordia de Dios reflejada en el perdón. Este ha sido el camino que me ha llevado a sentir y amar a Dios. Esta es la experiencia que me ha hecho caminar de su mano como buenos amigos. Déjame que tenga la certeza de tu amistad, viñador de mi esperanza.

Esta pequeña y personal reflexión ha tomado cuerpo por la mirada al P. Eustaquio en su año celebrativo en la Congregación. Tengo que reconocer que apenas conocía al P. Eustaquio, pero este año han pasado por mis ojos algunas vidas de nuestro hermano, una de ellas la leímos en comunidad, y me cautivó la profundidad de su actitud frente al perdón. "Salud y paz" era su lema y su slogan y creo que resumen muy bien su ser de creyente y de religioso y podemos añadir y de los Sagrados Corazones. Si por ese ir, la iglesia reconoce su santidad, el seguirle no es senda equivocada sino seguridad de buen camino.

P. Eustaquio, con tu sencillez descubriste el evangelio y el corazón salvador de Jesús, ojalá mi andadura sea como la tuya y mi experiencia de Dios, asentada en su perdón, me lleve a la meta que tu celebraste como gran campeón. Gracias P. Eustaquio, almendro florido, que has sabido descubrir que dentro de la cáscara anida la almendra, símbolo de tu saludo, "salud y paz." Salud y paz que manaban del confesionario, tantas